

1

¿Qué es el arte? Thomas Bradshaw se plantea a menudo esta pregunta. Todavía no sabe la respuesta. Antes creía que el arte era una especie de simulación, pero ya no lo cree. Emplea la palabra «autenticidad» para describir lo que ahora piensa. Algunas cosas son artificiales y otras auténticas. Es fácil detectar cuándo una cosa es artificial. Lo contrario cuesta más.

Por las mañanas escucha música, Bach o Schubert. De pie en la cocina, en batín. Espera a que bajen su mujer y su hija. Tiene cuarenta y un años, la edad en que la vida emerge del pasado como si se desprendiera de un molde y, o es sólida, toda de una pieza, o no logra mantener la forma y se desintegra. No cuesta imaginar la desintegración. Es la solidez, la forma concreta, lo desconcertante. La desintegración no suscita preguntas relacionadas con la autenticidad, es más bien sobre la forma sólida que deben plantearse preguntas.

De hecho, suele ser la inquilina, Olga, la primera en bajar. Oye sus pasos en la escalera y no los reconoce: así es como, todos los días, la identifica, al oír sus pasos quedos, algo pesados, y preguntarse a quién diablos pertenecen. Olga agacha su cabeza oxigenada ante él, le dirige su sonrisa incierta como desde un fugaz

vagón de tren. Lleva seis meses enredada en una ortodoncia excesivamente larga. Debajo de los aparatos metálicos hay unos dientes grises y desordenados. Por lo visto, de niña, su madre nunca la llevó al dentista. No por desatención, le ha dicho Olga, sino porque a ella le daba miedo ir y su madre no soportaba que la hija pasara miedo o sintiera dolor. Olga le ha contado a Thomas que está ahorrando para un puente y varias fundas. Tiene tres empleos e invierte todo el dinero en sus dientes. Se queja del gasto; en Polonia los dentistas son mucho más baratos. Allí podría completar todo el tratamiento —«¡Todo!», repite Olga, dando un manotazo seco— por lo que le cuesta aquí una visita mensual.

Estas conversaciones no captan totalmente la atención de Thomas. Cuando Thomas habla con Olga está y no está a la vez. Espera a que baje Tonie, como el jefe de estación espera el paso del tren de Londres. Las apariciones de Tonie en la cocina son breves. Como el tren, Tonie se detiene, desparrama actividad y luego parte de nuevo. Es cuestión de minutos, pero Thomas necesita estar preparado. Oye a Olga —en cierto sentido incluso se identifica con ella, ambos habitan los andenes— pero cuando ella habla, Thomas no puede corresponderle. Se siente como encerrado tras un cristal. Se pregunta si ella se percata, si se da cuenta de que lo ve pero no puede tocarlo. Olga bebe té de una taza gigante de Garfield y come cereales, añadiéndoles leche a menudo con el recipiente de plástico que está junto al cuenco. Él mira fugazmente sus piernas desnudas, color champiñón, bajo la mesa, sus pies enfundados en zapatillas grandes y blandas. Sube un poco la música: es una ofrenda, una forma de explicación. Quiere que Olga sepa que es consciente de sus limitaciones, de su incapacidad para sacar algo

en claro de sus conversaciones matinales. A veces esa incapacidad se le antoja algo inherente al tiempo, una fuerza interior, como la decadencia. Los interludios en la cocina pasan y se olvidan. Y sin embargo son siempre iguales: Thomas podría permanecer en el mismo sitio cien años y tendría más o menos la misma conversación con Olga. Por lo visto existe un número ilimitado de copias de esa conversación, que nunca lleva a ninguna parte ni evoluciona. De igual modo, nunca se agota. No guarda relación alguna con el tiempo. Quizá se deba a su falta de autenticidad.

A las siete y media Tonie baja y Olga sube. Olga trabaja de limpiadora en el hospital; su turno empieza a las ocho. Tonie coge el tren de las siete cincuenta. A Thomas le interesa constatar que la prioridad de Olga es la comida y en cambio la de Tonie es su aspecto. Tonie apura hasta el último minuto en el piso de arriba, mientras que Olga se sienta a la mesa hora y media en bata, aplicándose con la taza y el cuenco. De arriba llegan el sonido de un portazo, un grifo que se abre, las idas y venidas de Tonie. Olga se levanta y con parsimonia lleva los platos al fregadero, arrastrando las siseantes zapatillas por el suelo, y vuelve a atarse el cinturón de la bata antes de iniciar su lento ascenso hacia el dormitorio. A veces se cruza con Tonie en las escaleras y esta le dice «Hola, Olga» con una voz que es casi un susurro, muy profunda y ronca, muy exótica y distraída, como si acabara de zafarse de una situación demasiado compleja y apasionante para explicarla. «¡Hola!», replica Olga, contenta como unas castañuelas.

La escalera recorre el centro de la casa, alta y estrecha, los peldaños sin enmoquetar. Las pisadas suben y bajan por ellos como arpegios por un teclado. Para Thomas las habitaciones de arriba

tienen un ambiente dulce, tintineante, lleno de luz y armonioso. La cocina, donde sigue de pie en batín, está en el sótano. Es honda y sonora: apuntala la melodía de la casa con su confirmación estática, estructural. A Tonie no le gusta estar en la cocina. Siempre anda subiendo cosas en bandejas a las regiones superiores. Ha quitado las cortinas para que entre más luz. A veces la limpia a fondo y a conciencia, pero su sensación no cambia. Thomas, no obstante, es feliz aquí abajo. Le gusta la atmósfera de la clave de fa, fundamental, su insistencia en las necesidades. En el sótano ha comenzado a plantearse el tiempo y su relación con la autenticidad. Aquí ha descubierto una estructura subyacente, un plan. Con frecuencia no se quita el batín hasta las once o las doce. A esa hora han terminado las revelaciones de la clave de fa. Está listo para leer. Leer, lo admite, hay que hacerlo en un sofá, arriba.

Tonie come y bebe café de pie en la encimera. Sus pulseras cascabelean cuando se lleva la taza a los labios y mira el reloj. Thomas cree que la envuelve cierto aire de búsqueda, de honor. Se incorporará al tren de las siete cincuenta como el soldado se suma a la partida de su regimiento. No pensará en él en todo el día; no pensará en Alexa, ni en el sol avanzando en paneles dorados sobre el entarimado de su dormitorio, el tictac del reloj del vestíbulo, el ruido de los coches y las voces que se cuelan desde la calle y luego se desvanecen, el día que pasa por la casa, atravesando irremediablemente su centro, sus fibras. Será valiente al no pensar en todas esas cosas, pero Thomas sabe que también obtendrá un placer rudimentario. El placer del yo; Thomas lo sabe porque él también lo ha experimentado. En otros tiempos era él quien esperaba allí, limpio, iluminada la mirada, vestido para partir, y Tonie la que se

quedaba atrás para ser testigo del paso del día. ¿Llevaba bata Tonie? Thomas no está seguro. No recuerda qué aspecto tenía cuando la dejaba en casa. Tonie formaba parte de un estampado, como una figura de un tapiz, entretejida con su entorno.

Tonie mete cosas en el bolso. Dice algo, pero la música está demasiado alta y tiene que repetirlo alzando la voz. Es la *Fantasiestücke* de Schubert.

—Tengo una reunión. No volveré antes de las ocho —dice Tonie.

—Vale —dice él en voz alta—. Entendido.

Thomas va a bajar la música pero es demasiado tarde. Tonie se ha colgado el bolso del hombro y se encamina a las escaleras.

Alexa todavía duerme. Yace en la cama como una niña en un cuento de hadas. Cuando duerme es muy tierna. Desprende algo, una especie de neblina, como si al dormir aparcara a un lado la solidez y adquiriera las propiedades transmutables de la luz y el líquido y el aire. Thomas no quiere pensar demasiado en la belleza de su hija. La mira pero no puede ponerle nombre a su mirada, darle un motivo. Le gustaría que la pintara un artista. Sería más fácil mirar un cuadro de Alexa que a la propia Alexa.

Más tarde, abajo, Alexa se sienta a la mesa, muy pulcra con su uniforme. Lleva el pelo meticulosamente peinado con raya en medio y recogido en una coleta. Es muy metódica, todos los días igual.

—¿Vas a hacer la compra hoy?

Thomas musita, se frota la barbilla.

—No lo sé —contesta—. ¿Por qué? ¿Qué quieres?

—Necesito pilas.

Thomas está de pie junto a la ventana contemplando el jardín.

Es septiembre. A estas alturas, el año siempre ha sido fijado, ensartado en su fondo del tiempo como una mariposa en una vitrina; septiembre es el punto de sujeción, el corazón donde se clava la aguja de la rutina. Pero este año es diferente. Casi por primera vez en la vida Thomas no ha vuelto al pie del cañón al final del verano. No se ha reincorporado al trabajo; la aguja no ha llegado a casa. Está libre o expulsado, una de dos. Alexa le está hablando:

—... para mi reloj.

—¿Qué? ¿Qué dices?

—Tienes que comprarlas del tamaño que va con mi reloj.

—¿Qué reloj?

—El despertador. Se ha parado.

Thomas suspira. Un atisbo de dolor de cabeza le recorre lentamente la frente. ¿Para qué necesita una niña de ocho años un despertador? Otra vez la aguja de la rutina buscando su señal. Ahora Alexa está de pie delante de él.

—A ver si me acuerdo —dice Thomas.

Alexa tiene algo en la mano. Lo deja en la encimera delante de él.

—Tienen que ser pilas de este tamaño —dice la niña.

—¿De dónde la has sacado?

—Es la que he sacado del reloj. Ya no funciona. Necesito dos. No te olvides, por favor.

—Puede que me olvide. Pero ya te he dicho que intentaré acordarme.

Alexa se siente frustrada. Quiere imponerle su voluntad, arrancarle una promesa. La conversación es artificial. A veces Thomas tiene conversaciones como esta con Tonie, conversaciones que son escaparates para que uno u otro muestre su determinación.

—Por favor —dice la niña.

—Lo intentaré.

Llaman al timbre. Es su amiga Georgina, alta, fuerte y responsable, de una seriedad tranquilizadora. Por las mañanas van juntas a pie al colegio, Georgina coge a Alexa del brazo para cruzar y busca ferozmente coches con la mirada, como si en cualquier momento pudieran encontrarse bajo fuego enemigo. Thomas da un beso de despedida a Alexa. Más tarde, cuando regresa, la niña no le pregunta por las pilas. Thomas se ha olvidado. Solo se acuerda cuando la acuesta.

—Las compraré mañana —dice.

Ella asiente con tristeza. Luego pregunta:

—¿Me prestas tu reloj para esta noche?

Thomas casi se enfada, pero termina sintiendo lástima. Le da pena la inanidad de la perseverancia de su hija. Le decepciona.

—De acuerdo.

—Quiero levantarme temprano.

—Puedo despertarte yo.

Ella le mira. No se fía de él.

—Prefiero el despertador.

—Muy bien.

—¿Lo pondrás a las siete?

Thomas se ríe.

—De acuerdo.

Alexa se acomoda en las almohadas, satisfecha.

—A partir de ahora voy a madrugar para desayunar con mamá —anuncia—. Lo he decidido.

Thomas tiene el corazón en un puño, como cuando la música alcanza su nota más alta, agarrándose y aferrándose para salir de

su confusión hasta que llega al tope y la tuerca de las emociones gira. Thomas comprende que la confusión es necesaria puesto que de ella nace la determinación. En otras palabras, era necesario que malinterpretara a Alexa para poder entenderla. Le satisface esta idea. Abre un libro y empieza a leerlo. Lo hace todas las noches, a veces incluso durante una hora. Al principio le cohibía leer en voz alta, pero ya no. Cuando lee siente como si volara por la oscuridad alumbrado solo por la bombilla de la lámpara de la mesilla de noche de Alexa; es incorpóreo, una flecha voladora, una fuerza de narración pura. En los libros de su hija Thomas encuentra explicaciones para todo, para el amor y la supervivencia, la lucha y el placer, la felicidad y el dolor, para la fe, para la forma y el devenir de la vida misma. Lo único que nunca explican es la realidad. Thomas se tumba en la cama mientras que Alexa se sienta primorosamente bajo las sábanas. La niña tiene los ojos castaños, pardos; a media luz parecen enriquecidos por los años, como la caoba. La belleza de sus ojos es de Thomas y no lo es. No le pertenecen a él y, no obstante, forman parte de sus posesiones. Alexa no lo mira mientras lee. Mira al vacío; está visualizando. Esa es una de las razones de la falta de inhibición de Thomas. Si Alexa lo mirara, él recuperaría al instante toda la formalidad. Así las cosas, puede soltarse. Suele llegar un punto en que empieza a sollozar. A diferencia de la mayoría de la gente que conoce, Thomas nunca ha perdido la capacidad de llorar. Lágrimas claras y abundantes ruedan silenciosamente por sus mejillas mientras lee. Los cuentos las desatan. Liberado de la realidad, llora al contemplar la vida.

Después se seca las mejillas, da un beso de buenas noches a Alexa y baja para esperar a que Tonie vuelva a casa.